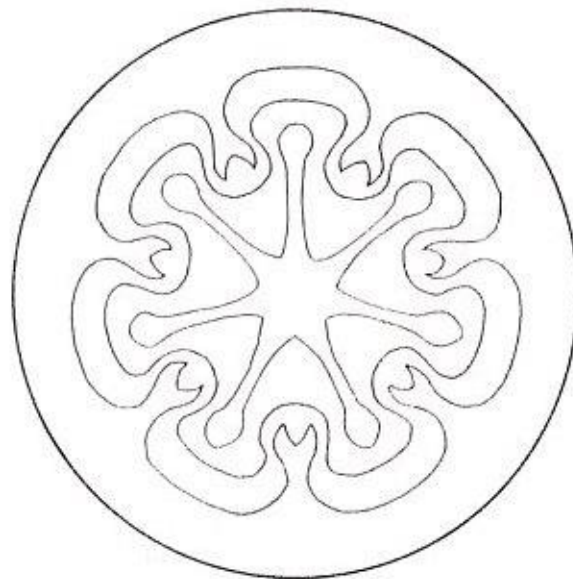


RUDOLF STEINER

LA EDUCACION PRACTICA DEL PENSAMIENTO



PRÓLOGO A LA EDICIÓN INGLESA

Han pasado setenta años desde que Rudolf Steiner dio esta conferencia a un grupo de amigos en Carlsruhe el 18 de Enero de 1.908. Sin embargo, la percepción de los pensamientos como hechos reales y los ejercicios que se dan para mejorar la memoria, la observación, los hábitos del pensar y el poder de concentración son tan válidos ahora como lo eran cuando se presentaron originariamente.

“La educación práctica del pensamiento” es también un ejemplo característico de los numerosos intentos que hizo el Dr. Steiner para mostrar cómo la esfera física y la esfera espiritual pueden reunirse a través de la experiencia del pensar. El insistió frecuentemente en que un entrenamiento metódico para desarrollar un pensar capaz de captar la realidad física y espiritual, y de llegar a una nueva unidad, es una base necesaria para la ciencia del espíritu conocida como Antroposofía. Cuando son practicados con constancia, los ejercicios que aquí se dan pueden proporcionar esa base. Aunque tal fundamento debemos considerarlo sólo como introducción a cualquier experiencia más amplia de la enseñanza del Dr. Steiner, podremos construir sobre él los resultados de un estudio antroposófico más avanzado.

Quien se interese en profundizar el tema más allá de los límites marcados por la brevedad de esta pequeña obra, encontrará una exposición completa de las ideas del Dr. Steiner en las numerosas publicaciones de su obra disponibles en varios idiomas. Algunas de ellas se listan al final de este libro.

Gilbert Church.

La educación práctica del pensamiento. Por: Rudolf Steiner

Conferencia dada en Carlsruhe el 18 de enero de 1909

Podría parecer extraño que un antropósofo se sienta llamado a hablar de la educación práctica del pensar, pues hay una opinión muy extendida de que la Antroposofía es algo eminentemente impráctico y que no tiene conexión con la vida real. Esta opinión puede surgir solamente entre quienes ven las cosas superficialmente, pues en realidad lo que aquí nos concierne puede guiarnos en los asuntos más ordinarios de la vida diaria. Es algo que puede transformarse en cualquier momento en actitud y sentimiento, capacitándonos para enfrentar la vida con confianza y afirmarnos en ella.

Muchas personas que se consideran prácticas, se imaginan que actúan según los más prácticos principios. Pero si inquirimos más de cerca, encontraremos que su así llamado "pensar práctico" a menudo ni siquiera es un pensar genuino, sino solamente un continuo seguimiento de opiniones hechas y de hábitos tradicionales de pensamiento. Una observación totalmente objetiva del pensamiento de los hombres "prácticos", y un examen de lo que corrientemente se llama. "pensamiento práctico" nos revela que éste contiene muy poco del genuino pensamiento práctico. Lo que ellos conocen como pensamiento o pensar prácticos consiste en seguir el ejemplo de una autoridad cuyas ideas se aceptan como modelo en la construcción de alguna cosa. Cualquiera que piense de forma distinta es considerado impráctico, pues su pensamiento no coincide con las ideas tradicionales.

Cada vez que se ha inventado algo realmente práctico, lo ha sido por una persona sin conocimientos prácticos de aquella materia particular. Tenemos por ejemplo, el moderno sello de correos. Parecerá normal suponer que fue inventado por algún práctico empleado de correos. No fue así. A principios del siglo pasado despachar una carta era un asunto muy complicado. Para enviar una carta, uno tenía que ir a la oficina receptora más próxima, donde se precisaba la consulta de muchos libros y la cumplimentación de muchas formalidades. La tasa uniforme en el correo tal como hoy la empleamos tiene sesenta años de antigüedad, y nuestro sello actual que lo hace posible no fue inventado en modo alguno por un práctico empleado de correos, sino por alguien completamente externo a la oficina de correos. Este hombre fue el inglés [Rowland Hill](#).

Cuando ya el nuevo sistema uniforme de sellos postales estaba ideado, el ministro inglés encargado a la sazón de los correos, declaró en el Parlamento que nadie debía esperar que, una simplificación tal del sistema iba a aumentar el volumen de intercambio postal, como el impráctico Mr. Hill anticipaba. Y añadió que aunque así fuera, la

Oficina Central de Correos de Londres estaría totalmente incapacitada para tratar el incremento de volumen. Nunca se le ocurrió a esa persona tan "práctica" que la Oficina postal se tenía que adaptar al volumen de trabajo, no el trabajo al tamaño de la Oficina. De hecho, en corto tiempo, esta idea que un hombre "impráctico" tuvo que defender contra una autoridad "práctica", se convirtió en un hecho, y hoy los sellos se utilizan en todo el mundo de la manera más natural para enviar cartas.

Sucedió un caso parecido con los ferrocarriles. Cuando en 1.837 se proyectaba la construcción del primer ferrocarril de Alemania, los miembros del Colegio bávaro de Medicina fueron consultados sobre la conveniencia del proyecto, emitiendo la opinión de que sería imprudente construir ferrocarriles. Añadían que, si a pesar de todo, se proseguía el proyecto, era necesario por lo menos levantar una alta valla protectora a ambos lados de la vía para proteger al público del probable "shock" nervioso y cerebral.

Mientras se proyectaba el ferrocarril de Potsdam a Berlín, el Intendente General de Correos declaró: "Cada día despacho dos diligencias a Potsdam y nunca se llenan. Si la gente ha decidido tirar su dinero, por la ventana, lo puede hacer de formas más simples que construyendo un ferrocarril".

Los hechos reales de la vida a menudo arrinconan a los "prácticos", es decir, a aquéllos que creen en su propia habilidad de ser prácticos. Tenemos que distinguir claramente entre el genuino pensar y el llamado "pensar práctico" que no es otra cosa que un simple razonar sobre rutinas mentales inculcadas.

Voy a contarles una experiencia que tuve durante mis años de estudiante, y que será el punto de partida de las reflexiones siguientes.

Una vez vino a verme un joven colega, lleno de la alegría que se observa en los que acaban de tener una idea muy brillante y me dijo: "Tengo que ir a visitar al profesor X (quien entonces enseñaba construcción de máquinas en la Universidad), pues acabo de hacer un gran descubrimiento; he inventado una máquina que rinde una cantidad enorme de trabajo sólo con una pequeña aportación inicial de energía de vapor". No pudo decirme más, pues tanta era la prisa por ver al profesor. Pero como sea que no lo encontró, volvió para exponerme toda su teoría.

Toda la explicación me, hacía pensar en el movimiento continuo, pero, después de todo, ¿por qué tal cosa habría de ser del todo imposible? Cuando acabé de escucharlo le tuve que decir: "Aunque todo parece ideado con mucha inteligencia, en la práctica se podría comparar con lo siguiente: que una persona suba al vagón de un tren, empuje con todas sus fuerzas y que cuando el tren arranque, crea que ha sido él el causante del movimiento del vagón. Esto es, le dije, la

lógica interna de tu invento. Al fin se convenció y no fue a visitar al profesor.

Veán cómo uno puede aislarse o cerrarse con sus propios pensamientos. Esto puede ser observado claramente sólo en casos muy especiales, pero hay en la vida muchos ejemplos parecidos que no siempre son tan evidentes como en el caso referido. Todo aquel que profundiza en la naturaleza humana sabe que muchos procesos mentales son de esta clase, y verá a menudo a las personas sentadas en el vagón empujándolo desde dentro y creyendo que son ellas quienes lo mueven.

Muchas cosas serían de otro modo si la gente no intentara tan a menudo resolver sus problemas engañándose a sí misma.

La verdadera práctica del pensar presupone una actitud y un sentimiento correctos hacia el pensamiento. ¿Cómo se puede adquirir esto? Los que creen que el pensamiento no es más que una actividad que ocurre dentro de su cabeza o de su alma, no podrán tener ese sentimiento correcto hacia el pensamiento. A los que tienen tal idea, el falso sentimiento los desvía continuamente de buscar una práctica mental auténtica y de cumplir los requisitos necesarios a su pensamiento. Así pues, el que quiera adquirir la actitud correcta deberá decirse: ***“Si puedo formular pensamientos sobre las cosas y comprenderlas por medio del pensamiento, es porque estas cosas tienen que haber contenido antes estos pensamientos. Las cosas tienen que haber sido creadas según esos pensamientos y sólo por esta razón puedo extraer estos pensamientos de las cosas”***.

Podríamos imaginar que con las cosas de este mundo sucede como con un reloj. Se compara a menudo el organismo humano con un reloj, olvidando sin embargo lo más importante: el relojero. Ha de tenerse en cuenta que los engranajes no se unieron y ajustaron a sí mismos provocando la "marcha" del reloj, sino que al principio estaba el relojero que armó el reloj. ¡Nunca olvidemos al relojero! El reloj apareció gracias a los pensamientos. Los pensamientos se han vaciado, podríamos decir, dentro del reloj, dentro de la cosa.

Las obras y fenómenos de la Naturaleza han de concebirse de una forma parecida. Esto es fácil de visualizar en las obras humanas, pero con las obras de la Naturaleza ya no es tan fácil. Sin embargo, también éstas son el resultado de actividades espirituales que emanan de entidades espirituales. Así, cuando uno reflexiona sobre las cosas, lo único que hace es repensar todo lo que de hecho ellas ya contienen. [La convicción en que el mundo ha sido creado por el pensamiento y en que sigue siéndolo aún, es la única convicción que puede fecundar la verdadera práctica mental.](#)

Siempre ha sido la negación de lo espiritual en el mundo lo que ha producido la peor "impráctica" del pensar, incluyendo el campo de la ciencia. Considerad, por ejemplo, la teoría de que nuestro sistema

planetario surgió de una nebulosa primitiva que comenzó a girar y después se densificó en un cuerpo central del que se separaron anillos y esferas; naciendo pues de una manera mecánica todo el sistema solar. Los que defienden esta teoría cometen un grave error lógico.

Sin embargo, hoy se enseña a la gente esta teoría, y en la forma de atractivo experimento se muestra en las escuelas. Se pone una gota de aceite en un vaso de agua, se la perfora con una aguja y se hace girar todo el conjunto. De la gota grande se separan pequeñas gotas de aceite, obteniéndose así un sistema planetario en miniatura y demostrando al alumno, al menos así lo cree el maestro, que este sistema planetario pudo surgir por un proceso puramente mecánico.

Solamente un pensamiento impráctico puede sacar estas conclusiones con un experimento tan simple, pues quien aplica esta teoría al cosmos ha olvidado algo que en otras ocasiones quizás sí habría que olvidar: se ha olvidado a sí mismo. Olvida que ha sido él mismo quien ha puesto en rotación todo el minúsculo sistema y que, sin su intervención la gota de aceite nunca se hubiese dissociado en gotitas. Sólo que hubiese observado este hecho y lo hubiese aplicado lógicamente al sistema cósmico habría empleado su pensamiento de una manera sana y completa.

Estos errores de pensamiento tienen hoy un papel importante, especialmente en el campo de la ciencia. Y esto es, mucho más importante de lo que generalmente se piensa.

Si hemos de hablar de la genuina práctica del pensar, tenemos que reconocer que solamente pueden extraerse pensamientos de un mundo que ya los contenga implícitos. De igual modo que sólo podemos sacar agua de un vaso que realmente la contenga, así los pensamientos sólo pueden ser extraídos de las cosas que ya los poseen. El mundo está estructurado a base de pensamientos y esta es la única razón por la que los pensamientos pueden ser extraídos del mundo. Si no fuera así, no podría realizarse la práctica cogitativa. Si el hombre siente la plena verdad de estas palabras, si tiene la plena confianza en que detrás de las cosas habitan los pensamientos, y que los hechos reales de la vida transcurren de, acuerdo con los pensamientos, fácil será para él elevarse por encima de cualquier pensamiento abstracto; le será fácil conseguir una práctica del pensar basada en la realidad.

Expondremos ahora algo que es de importancia especial para todos los que trabajan en el campo de las ideas antropológicas. Quien esté convencido de la idea de que el mundo de los hechos ha nacido del pensamiento, apreciará la importancia del desarrollo de un pensar correcto.

Supongamos que una persona dice: "**quiero fecundar mi pensar de modo que pueda siempre orientarme correctamente en la vida**". Esta persona habrá de guiarse por las reglas que

expondremos a continuación y, comprendiendo que son principios prácticos y fundamentales, procurará adaptar una y otra vez su pensar a estas reglas. Obtendrá así efectos de una manera segura y su pensamiento se, volverá más práctico, aunque al principio no se dé cuenta.

Vamos a suponer que alguien intenta la siguiente experiencia. Empieza por observar tan exactamente como le es posible, algo que sucede en el mundo exterior accesible a sus sentidos, como por ejemplo, el tiempo atmosférico. Observa la configuración de, las nubes al atardecer, el aspecto del Sol en la, puesta, etc., y guarda en su memoria una imagen exacta de todo lo que ha observado, tratando de conservarla hasta el día siguiente. A la misma hora del siguiente día vuelve a hacer un estudio de las condiciones atmosféricas, tratando otra vez de formar una imagen exacta.

Si de este modo sigue formando imágenes fieles de estados atmosféricos consecutivos comprobará por cierto que su pensar se intensifica y se enriquece interiormente. Pues lo que vuelve impráctico el pensar es la generalizada tendencia a ignorar los detalles cuando se observan secuencias de acontecimientos del mundo y a guardar solamente una vaga impresión. Lo que es valioso y esencial y lo que verdaderamente fecunda el pensar es justamente esa habilidad de formar imágenes exactas, especialmente de acontecimientos sucesivos, y que podamos decir: **“Ayer era de esta manera, hoy lo es de esta otra”**. Así pues, se trata de evocar tan gráficamente como sea posible una imagen interna de dos escenas yuxtapuestas y que, en el mundo exterior, están separadas en el tiempo.

Esto es, como puede comprenderse, una expresión de la confianza en que los pensamientos están inmanentes en la realidad de las cosas. Pero la persona que experimenta no debe entregarse a sacar conclusiones inmediatamente, ni a deducir de la observación de hoy las condiciones atmosféricas de mañana. Si esto hiciera, corrompería su pensar. La actitud correcta es tener confianza en que las cosas de la realidad externa están definitivamente relacionadas y que los acontecimientos de mañana están, de alguna forma, conectados con los de hoy. No se especulará sobre estas cosas, sino que se empezará por repensar interiormente la secuencia de los sucesos externos presentándolos en imágenes mentales de la forma más exacta posible; después se colocarán estas imágenes una al lado de la otra, dejando que una se transforme en otra. Es ésta una concreta regla de pensamiento que habrá de aplicar todo aquel que desee desarrollar una vida mental de acuerdo con la realidad. Conviene aplicar esta regla a las cosas que aún no se comprenden y cuyas conexiones internas no se han penetrado.

Hemos de tener confianza en que estos procesos, que están conectados con la realidad externa, crearán conexiones internas también en nosotros. Esto ha de hacerse solamente con imágenes,

absteniéndose de pensar. Diremos: **"Todavía no conozco las conexiones, pero dejaré que estas cosas tomen forma en mí; de esta forma producirán un efecto interior, siempre que me abstenga de cualquier especulación"**. Fácil es imaginar que el hecho de formar imágenes exactas de acontecimientos sucesivos prescindiendo del pensar, puede afectar los miembros invisibles, que constituyen la naturaleza humana.

No olvidemos que el vehículo de la vida representativa del hombre es su cuerpo astral¹. Mientras el ser humano esté ocupado en el pensamiento especulativo, este cuerpo astral es esclavo del yo. Sin embargo, esta actividad consciente no ocupa al cuerpo astral en exclusiva, pues éste se halla relacionado de cierta forma con el Cosmos total.

Así pues, si nos abstenemos del pensamiento arbitrario y nos concretamos a formar imágenes mentales de acontecimientos sucesivos actuarán en nosotros en igual medida, los pensamientos implícitos en el mundo y se grabarán en nuestro cuerpo astral sin que apenas nos percatemos de ello. A medida también de que nos internemos en la marcha del mundo, observando sus procesos y dejando que las imágenes pasen a nuestros pensamientos con claridad y trabajen dentro de nosotros, aquellos miembros de nuestro organismo retirados de nuestra consciencia se harán más inteligentes.

Si, con referencia a los sucesos internamente conectados, hemos adquirido la facultad de fusionar la imagen nueva con la anterior de la misma forma en que sucede en la Naturaleza, encontraremos que después de algún tiempo nuestro pensamiento ha adquirido mucha más flexibilidad.

Este es el procedimiento a seguir con las cosas que todavía no comprendemos. Respecto a las cosas que uno ya comprende, como son los sucesos de la vida diaria por ejemplo, hará falta adoptar otra actitud.

Imaginemos que alguien, un vecino nuestro, por ejemplo, ha hecho esto o aquello. Reflexionamos y nos preguntamos: ¿Por qué lo hizo? Decidimos que lo hizo quizás como preparación de algo que quiere hacer mañana. De momento no avanzaremos más; nos figuraremos claramente lo que hizo y trataremos de hacernos una imagen de lo que hará mañana. Después esperaremos hasta ver lo que hace en realidad, que puede coincidir o no con lo que esperábamos. Tomamos nota de lo que ha sucedido y corregimos nuestros pensamientos según lo que hemos observado. De esta forma escogemos sucesos del presente y los seguimos hacia el futuro con el pensamiento. Después esperamos y vemos lo que realmente acontece.

¹ Véase: ["Teosofía, una introducción al conocimiento suprasensible"](#) de Rudolf Steiner, para aclarar éste y otros términos antroposóficos.

Esto puede hacerse con acciones humanas o con otras situaciones. Siempre que comprendamos alguna situación, trataremos de formar un cuadro de lo que, según nuestra opinión, va a suceder. Si nuestra opinión estaba en lo cierto, nuestro pensamiento se justifica y todo va bien. Si, por contra, sucede algo distinto a lo que esperábamos, revisaremos nuestros pensamientos y trataremos de descubrir el error. De esta manera intentamos corregir nuestro pensamiento erróneo con una tranquila observación y examen de nuestros errores.

Trataremos de determinar la razón por la que las cosas han acontecido de esa forma. Cuando acertemos en la predicción, pondremos especial atención en no vanagloriarnos diciéndonos: **"Oh, claro, ¡ya sabía yo lo que iba a suceder!"**.

Es preciso ver aquí otra regla basada en la confianza de que existe una necesidad interna en las cosas y en los acontecimientos y de que en los hechos mismos dormita la fuerza propulsora de las cosas. Son las fuerzas del pensamiento las que un día y otro trabajan dentro de las cosas y nosotros nos volvemos conscientes de estas fuerzas cuando meditamos sobre las cosas. Por medio de estos ejercicios las fuerzas del pensamiento son evocadas en nuestra consciencia y si lo que predijimos se cumple, estamos en consonancia con ellas. Hemos establecido en ese momento una relación interna con la verdadera actividad presente contenida en la cosa. Es de esta forma cómo nos acostumbramos a no pensar arbitrariamente y a sintonizar con la necesidad y la naturaleza internas de las cosas mismas.

Pero podemos llevar nuestra práctica mental por otros derroteros. Un suceso de hoy está también ligado a los sucesos de ayer. Por ejemplo, un muchacho ha cometido una fechoría y nos preguntamos qué razón pudo haber causado este comportamiento. Retornamos a los acontecimientos de ayer y planteamos una hipótesis de las causas que no conocemos, diciéndonos: **"Lo que ha pasado hoy, creo que se preparó ayer o anteayer por esta o aquella causa"**.

Luego, nos informamos de lo que sucedió realmente y descubriremos si nuestro pensamiento era o no correcto. Si hemos dado con la causa verdadera, muy bien. Pero si nuestra conclusión era incorrecta, trataremos de corregir el error, determinando cómo se desarrolló nuestro proceso mental y cómo, por otro lado, lo hizo la realidad.

Lo que importa es que practiquemos estos principios y que nos tomemos el tiempo necesario para poder observar las cosas como si estuviésemos dentro de ellas con nuestro pensamiento. Tendríamos que sumergirnos en las cosas y entrar así en su actividad pensante interna. Si lo hacemos, lentamente nos daremos cuenta de que empezamos a crecer con las cosas. Dejaremos de sentir que las cosas están afuera y que nosotros permanecemos dentro de nuestra cáscara, pensando sobre ellas. Al contrario, sentiremos como si nuestro

pensamiento se moviera dentro de las cosas mismas. Cuando alguien alcanza esto en grado elevado, se le aclaran muchos interrogantes.

Goethe fue uno de estos hombres. Era un pensador que vivía siempre con el pensamiento dentro de las cosas. El psicólogo [Heinroth](#), en su libro “Anthropologie” (1.822) caracteriza el pensamiento de Goethe como "objetivo", y el mismo Goethe estaba de acuerdo con este término. Heinroth quiso caracterizar con esta expresión aquella actitud de pensamiento que no se separa de los objetos, sino que se mantiene dentro de ellos y se mueve dentro de la necesidad de las cosas. El pensar de Goethe era a la vez una percepción, y su percepción era un pensar. Y desarrolló esta manera de pensar en un grado elevado. Sucedió más de una vez que, habiendo decidido hacer alguna cosa, fuera hacia la ventana y dijera a la persona que le acompañaba: “*Dentro de tres horas lloverá*”. Y así sucedía. Con el retazo de cielo que podía divisar por la ventana era capaz de predecir las condiciones atmosféricas de las próximas horas. Su pensar verdadero, residiendo dentro de los objetos, le había capacitado para sentir los acontecimientos posteriores que se preparaban en el presente.

De hecho, podemos conseguir con el pensamiento práctico mucho más de lo que comúnmente se piensa. Quien adopte estos principios en su pensar, comprobará que, efectivamente, su pensar se vuelve más práctico, que su horizonte se ensancha y que puede captar las cosas del mundo mejor que antes. Poco a poco, su actitud hacia las cosas y la gente cambiará totalmente. Dentro de él se desarrolla un proceso real que transformará toda su conducta. Es de una importancia enorme que el hombre trate de identificarse con las cosas de esta forma y es una empresa eminentemente práctica el entrenamiento del propio pensar con estos ejercicios.

Hay otro ejercicio que tendrían que practicar en especial todos aquellos que se quejan de que la idea correcta nunca les llega en el momento oportuno.

Es preciso que estas personas eviten sobre todo que su pensar esté continuamente influenciado y dirigido por el curso ordinario de los acontecimientos del mundo exterior. A menudo, cuando alguien se sienta o se acuesta para una media hora de descanso, deja que sus pensamientos vaguen en mil direcciones, o bien queda absorbido por algún problema de su vida. Antes de que se dé cuenta, estas cosas se habrán apoderado de su consciencia y habrán reclamado su total atención. Si este hábito de indisciplina persiste, a esta persona nunca se le ocurrirá la idea correcta en el momento oportuno.

Si de verdad desea remediarlo, siempre que disponga de un rato de descanso se dirá: ***“Voy a reflexionar sobre algo que yo mismo he escogido, y que introduciré voluntariamente en mi consciencia. Hoy, por ejemplo, pensaré sobre lo que sucedió durante un paseo hace dos años; introduciré a propósito en mi pensar las vivencias de aquel momento y reflexionaré sobre ellas, aunque sólo sea por***

cinco minutos. ¡Todo el resto de cosas, fuera por esos cinco minutos! Seré yo quien escoja el tema de la reflexión”.

No es necesario escoger un tema tan complicado. Lo que importa no es de ningún modo la modificación del proceso mental mediante ejercicios difíciles, sino que nos desprendamos de la rutina ordinaria del propio pensar. Bastará con que sea algo totalmente distinto de lo que nos sujeta ese día. Si no se nos ocurre nada, podemos abrir un libro al azar y ocupar los pensamientos con lo que encontremos a primera vista. Otra posibilidad es decir: **“Aprovecharé para reflexionar en lo que vi esta mañana cuando iba a la oficina y que, de otra forma, quedaría desatendido”**. Lo principal es que sea algo totalmente distinto del curso ordinario de la jornada, algo que, de otra forma, no hubiera ocupado nuestros pensamientos.

Si se practican sistemáticamente estos ejercicios un día y otro, se podrá comprobar que las ideas comienzan a acudir en el momento oportuno y que los pensamientos correctos vienen cuando se los necesita. Y el pensar se hará móvil y activo, lo cual es de una inmensa importancia en la vida práctica.

Veamos ahora otro ejercicio que es especialmente provechoso para mejorar la memoria. Comencemos recordando un acontecimiento cualquiera, por ejemplo de ayer, al modo normal de nuestros recuerdos rutinarios. Generalmente nuestros recuerdos son gris sobre gris, sin detalles y sin color y mucha gente se siente satisfecha con sólo recordar el nombre de una persona. Pero si uno desea desarrollar su memoria, no puede quedarse satisfecho con tan poca cosa. Tiene que recordar con certeza. El ejercicio que sigue es preciso practicarlo sistemáticamente, diciéndose: **“recordaré muy exactamente a la persona que vi ayer, el rincón de la calle donde la encontré y todo lo que había en los alrededores. Sacaré una imagen tan completa y exacta como sea posible, representándome incluso la forma y el color de la chaqueta y del abrigo”**. La mayoría de personas se percatará de que no puede hacer eso y que les falta mucho para llegar a una representación realmente gráfica y viva de lo que experimentó ayer.

Hay que admitir como punto de partida que, generalmente, el hombre no es capaz de evocar en su memoria las experiencias más recientes. Verdaderamente, la observación humana es muchas veces inexacta y vaga. Un reciente experimento de un profesor universitario con sus oyentes ha demostrado que sólo dos de los treinta estudiantes habían observado correctamente una determinada escena; y los otros veintiocho habían observado defectuosamente. Ahora bien, una buena memoria es el fruto de una observación exacta. Una memoria fidedigna se obtiene, repito, a partir de una observación precisa y podríamos decir que, a través de ciertos procesos anímicos, la memoria fiel nace de la observación exacta.

Pero, ¿qué hacer si no podemos, de buen principio, recordar nuestras experiencias de ayer? En este caso trataremos de recordar tan exactamente como podamos lo que realmente pasó; y los aspectos en que falle la memoria los llenaremos con cosas incorrectas que en realidad no estaban. Lo que aquí importa es que el cuadro esté completo. Supongamos que hemos olvidado si la persona vestía chaqueta marrón o negra. Imaginemos pues que vestía chaqueta marrón, con tal tipo de botones en el chaleco, que la corbata era gris, que había una pared beige detrás, que a su izquierda pasaba un hombre alto y a su derecha uno bajo, etc. Todo lo que uno recuerda es puesto en el cuadro y lo que falta será completado, a fin de obtener una imagen mental Integra. La imagen así obtenida será, desde luego, inexacta, pero a través del esfuerzo de crear un cuadro completo nos veremos estimulados para observar más exactamente en el futuro. Es preciso perseverar en la práctica de estos ejercicios y si lo intentamos cincuenta veces y fallamos, quizás en la vez cincuenta y una seremos capaces de recordar exactamente cómo aparecía la persona que encontramos, cómo era su vestido y hasta los mínimos detalles de los botones de su camisa, Ya no escapará nada a nuestra observación y cualquier detalle se grabará en nuestra memoria.

Con estos ejercicios habremos comenzado a agudizar nuestro sentido de la observación, y a la vez, habremos mejorado la fidelidad de la memoria.

Será como he dicho, tomar especial cuidado en no retener solamente el nombre y algunos rasgos generales de la cosa o persona que intentamos recordar, antes bien, nos esforzaremos en conservar imágenes vívidas que cubran todos los detalles. Si algún detalle se, nos escapa de la memoria, completaremos el cuadro hasta tener una unidad de conjunto. Notaremos entonces que la memoria se vuelve más fiel. Y veremos que trabajo tan preciso puede llevarse a cabo al hacer el pensar cada vez más práctico.

Hará falta mencionar todavía algo de particular importancia. Generalmente, siempre que pensamos en alguna materia o trabajo sentimos el ansía de llegar a una conclusión. Solemos considerar que habría que hacer esto o lo otro y querernos llegar a un resultado determinado. Es este un deseo muy natural, pero no nos lleva, al pensar práctico. Cualquier tráfico en el pensar no nos lleva hacia delante, sino hacia atrás; la paciencia es absolutamente esencial en estos asuntos.

Supongamos por ejemplo, que deseamos llevar a término un determinado trabajo, para la ejecución del cual se ofrecen varios caminos. Primero habremos de tener la paciencia de imaginarnos cómo irían las cosas si ejecutásemos nuestro plan de una manera y después consideraremos los resultados si lo hiciéramos de otra. Seguramente, siempre tendremos razones para preferir un camino u otro, pero nos abstendremos de tomar una resolución inmediata; haremos un

esfuerzo para imaginar las dos posibilidades y nos diremos: **“¡Basta ya!, dejaré de pensar por el momento sobre este asunto”**.

Siempre que ello sea posible, diferiremos la acción hasta el día siguiente y consideraremos entonces otra vez las dos posibilidades. Hallaremos que en el ínterin algunas cosas se han alterado y que al día siguiente somos capaces de formar una decisión distinta o al menos más fundamentada. La necesidad interna que se esconde dentro de las cosas es la que, si no actuamos con impaciencia y permitimos que esta necesidad interna, trabaje en nosotros, ha enriquecido nuestro pensar, posibilitando una decisión más sabia. ¡Qué valioso es esto!

Si, por ejemplo, alguien nos pide consejo sobre un problema, hemos de tener la paciencia de no prorrumpir con nuestras propias recomendaciones, sino que comenzaremos por visualizar las varias posibilidades sin formar ninguna conclusión definitiva. Luego dejaremos, tranquilamente que estas posibilidades jueguen libremente en nosotros. Con razón dice el proverbio popular que antes de resolver una cosa hay que consultar con la almohada.

Claro que no basta con esta “*consulta dormida*”. Es preciso considerar dos o más, posibilidades, las cuales seguirán trabajando dentro de nosotros cuando el yo consciente no se ocupe de ellas. Cuando más tarde, volvamos sobre el asunto encontraremos que ciertas fuerzas de pensamiento se han, activado dentro de nosotros, como resultado de que nuestro pensar se ha vuelto más funcional y más práctico.

Es bien cierto que, de esta forma, el hombre podrá encontrar todo lo que persiga en este mundo, ya sea que trabaje en un banco de carpintero, o que siga al arado o que pertenezca a una de las profesiones liberales. Si practica estas reglas se convertirá en un pensador práctico en las cosas más ordinarias de la vida cotidiana. Si de esta manera se ejercita, acometerá y considerará las cosas de una manera muy distinta; pues los ejercicios, por íntimos que parezcan al principio, son totalmente aplicables y de la mayor importancia para el mundo exterior. Tendrán consecuencias decisivas.

Un ejemplo demostrará hasta qué punto necesitamos aplicar a las cosas un pensamiento verdaderamente práctico. Imaginemos que por alguna razón un hombre se sube a un árbol. De repente, se cae y queda muerto en el suelo. El pensamiento más probable que tendremos es que la caída lo mató. Nos inclinaremos a decir que la caída fue la causa y la muerte el efecto. De esta forma parece existir una relación lógica entre causa y efecto. Pero esta suposición puede confundir totalmente la verdadera secuencia de los hechos, pues el hombre puede haberse caído como consecuencia de un ataque al corazón. Para el observador, el suceso externo es exactamente el mismo en ambos casos. Sólo cuando llegamos a conocer las causas verdaderas podremos formar un juicio correcto. Cuando no sucede así, la causa y el efecto se pueden confundir radicalmente.

Hasta aquí hemos tratado un ejemplo evidente, pero a menudo el discernimiento no es tan fácil. Es sorprendente la enorme frecuencia con que se presentan estos errores de pensamiento. Diremos que también en el campo de la ciencia moderna se establecen a menudo juicios que, de hecho, confunden la causa y el efecto. Sin embargo la mayor parte de la gente no se da cuenta de este hecho porque no está familiarizada con las posibilidades del pensar.

Otro ejemplo nos mostrará claramente cómo surgen estos errores del pensar y cómo una persona que practique los mencionados ejercicios ya no podrá incurrir en esos errores. Supongamos que alguien llega a la conclusión de que el hombre tal como hoy le vemos es un descendiente del mono. Esto significa que lo que se conoce del mono, las fuerzas activas en ese animal, han alcanzado una perfección más alta y el hombre es el resultado. Ahora, para poner de relieve lo que esta teoría significa en términos de pensamiento, imaginemos que esta persona es la única sobre la Tierra, y que a su lado solamente están presentes aquellos monos que, de acuerdo con su teoría, pueden desarrollarse en seres humanos. El autor de la teoría estudia estos monos con la mayor exactitud y hasta el mínimo detalle, y luego forma un concepto de lo que vive en ellos. Excluyéndose a sí mismo, y sin haber visto nunca a otro ser humano, dejémosle ahora que trate de desarrollar el concepto de hombre solamente desde su concepto de mono. Se encontrará con que esto es completamente imposible. Su concepto "mono" nunca se transformará en el concepto "hombre".

Si hubiera cultivado hábitos correctos de pensar, este hombre se hubiera dicho: ***“Mi concepto de mono no se transforma en el de hombre. Lo que yo percibo en el mono, por tanto, nunca puede convertirse en ser humano; de otro modo mi concepto habría de cambiar de igual forma. Tiene que estar presente algo más que yo soy incapaz de percibir”***. Así es como él tendrá que concebir una entidad invisible, suprasensible, detrás del mono físico, la cual no podría ser percibida pero sería la única que haría posible la transformación del mono en hombre.

No entraremos en la discusión de la imposibilidad de este caso, sino que nos limitaremos a señalar el pensar erróneo que domina a esta teoría. Si este hombre hubiera pensado correctamente, habría visto que no podía concebir la teoría sin presuponer la existencia de lo suprasensible. Si proseguimos la investigación, descubriremos que un número elevado de personas han cometido este error del pensar. Sin embargo, esta clase de errores no se le presentarán a quien haya entrenado su pensar en la forma que aquí aconsejamos,

Para los que saben pensar correctamente una gran parte de nuestra literatura contemporánea, especialmente la que entra en el dominio de las ciencias naturales, es una fuente de experiencias desagradables. **El pensar absurdo y distorsionado que allí se expresa puede causar incluso dolor físico.** Sea esto dicho sin ninguna clase de

desprecio hacia el inmenso tesoro de observaciones y descubrimientos que la ciencia natural moderna y sus métodos objetivos han acumulado.

Consideraremos ahora lo que se relaciona con la miopía en el pensar. Mucha gente no es consciente de que su pensar no es en absoluto efectivo y de que casi siempre es el resultado de unos hábitos de pensamientos adquiridos. Por tanto, las decisiones y conclusiones de un hombre que penetra el mundo y la vida con su pensamiento, serán muy distintas de las de otro que tenga una habilidad para pensar muy limitada o nula. Consideremos el caso de un pensador materialista. Convencer a un hombre así mediante razonamiento, por lógicos y sólidos que éstos sean, no es tarea fácil. Generalmente, es un esfuerzo estéril tratar de convencer con razonamientos a una persona con poco conocimiento de la vida. Una persona tal no verá las razones que hacen válida a esta o aquella afirmación si se ha formado ya el hábito de no ver más que materia en cualquier cosa y simplemente se adhiere a este hábito de pensar.

Generalmente, hoy en día la gente se deja llevar, no por razonamientos, sino por los hábitos de pensar adquiridos que hay detrás, de los razonamientos. Estos hábitos influyen todos sus pensamientos y emociones y cuando se aparenta presentar razones, éstas no son más que la máscara del pensar habitual, estando detrás aquellos sentimientos y emociones. No solamente el deseo es a menudo el padre del pensamiento, sino que podemos decir que todos, nuestros sentimientos y hábitos mentales son los padres de nuestros pensamientos. Quien tenga experiencia de la vida sabe que es muy difícil convencer a nadie con razonamientos lógicos. El factor que convence realmente y que decide habita en zonas más profundas del alma humana.

Existen pues buenas razones para la existencia del movimiento antroposófico y para las actividades en las diferentes ramas. Cualquiera que haya trabajado en el movimiento por cierto tiempo nota que adquiere una nueva manera de pensar y de sentir. Pues el trabajo en las distintas ramas no se limita a encontrar razones lógicas a las cosas. También se desarrolla una nueva y más amplia cualidad de sentimiento y de emoción.

¡Con qué actitud burlona asistían algunos hace unos años a las primeras conferencias sobre la ciencia espiritual! ¡Cuántas cosas se han vuelto evidentes hoy para las mismas personas que antes las habían considerado como absurdos imposibles! Trabajando en el movimiento antroposófico no solamente transformamos la propia manera de pensar, sino que aprendemos a desarrollar una perspectiva más amplia de la vida anímica.

Es preciso comprender que nuestros pensamientos derivan sus matices de regiones mucho más profundas de lo que generalmente se piensa. A menudo son nuestros sentimientos y emociones los que

sugieren nuestras opiniones. Las razones lógicas que hacemos aparecer son a menudo una simple máscara o pantalla para nuestros hábitos de pensar.

Para poder elevarnos a un nivel en que los razonamientos lógicos tengan un significado real para nosotros, es preciso que aprendamos a amar la lógica como tal. Sólo cuando aprendemos a estimar la objetividad, las razones lógicas son decisivas para nosotros. Tenemos que aprender poco a poco a pensar objetivamente, sin dejarnos desviar por nuestra preferencia por este o aquel pensamiento. Sólo entonces nuestra visión se ensanchará y ya no seguiremos simplemente los caminos trillados por los demás, sino que la misma realidad de las cosas nos enseñara a pensar correctamente.

La verdadera práctica nace del pensar objetivo, es decir, del pensar que fluye hacia nosotros desde las mismas cosas. Sólo practicando los ejercicios que hemos descrito antes, aprenderemos a dejar que nuestros pensamientos sean inspirados por las cosas. Para ejecutar estos ejercicios de una forma adecuada deberíamos trabajar con cosas saludables que han sido mínimamente afectadas por nuestra cultura: los objetos de la Naturaleza, por ejemplo.

El entrenamiento de nuestro pensar utilizando los objetos de la Naturaleza nos convertirá en pensadores realmente prácticos. Y una vez ejercitados en el uso práctico del pensar, seremos capaces de conducir las ocupaciones de la vida de una forma práctica.

El fruto del movimiento antroposófico ha de ser poner al servicio del mundo pensadores genuinamente prácticos. Las creencias que llegamos a tener no son tan importantes como lo es el hecho de que seamos capaces de una comprensión plena de las cosas que nos rodean. Que la ciencia espiritual penetre nuestras almas, expandiendo nuestra visión y estimulando la actividad anímica interna, es mucho más importante que la simple teorización sobre lo espiritual que se extiende más allá de las cosas sensibles. He aquí, en qué sentido, la antroposofía es algo realmente práctico.